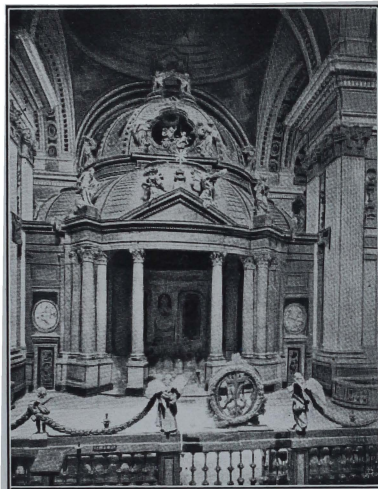


# RECUERDOS DE ESPAÑA



ALTAR DE LA VIRGEN DEL PILAR EN LA BASILICA DE ZARAGOZA.

**E**L filipino que va a España, echa pronto de ver que aquello es una prolongación del nativo solar por el afecto, por el cariño y cordialidad que observa por todas partes. Y la religión y el idioma que son dos lazos a cual más fuertes, le hace creer que continúa en su propio país; y si a esto se añade la natural simpatía con que en España van siguiendo paso a paso nuestros progresos en el arte de gobernarlos y nuestros anhelos por obtener nuestra libertad, fácilmente se comprenderá que el filipino en España puede creerse en su propia tierra y puede comprobar que allí es perfectamente aplicable la frase de nuestro poeta mártir cuando afirmó serle amigo cuanto alumbraba el sol.

En un día tan señalado como éste y en una revista tan española y al mismo tiempo tan fili-

pina como EXCELSIOR quiero yo recordar algunos pasajes e incidentes de mis viajes por España en donde tuve ocasión de apreciar los varios matices del nobilísimo carácter español.

\* \* \*

Fué en la capital de Aragón, en la heroica y nobilísima Zaragoza donde me ocurrió el primer hecho que ya alguna vez he narrado y que perfectamente retrata el carácter, un sí es no es socarrón, pero siempre noble y llanote de aquellos baturros. Habíamos llegado a la heroica ciudad de los Sitios la noche antes, en hora tan avanzada, que ya no era posible realizar nuestro vehemente deseo de visitar a la Pilarica. Hubo que dejarlo para el día siguiente, y muy temprano nos vestimos mi compañero, otro filipino y yo, para asistir a la misa de los infantes en la basílica del Pilar.

Ya en otra ocasión describí las emociones fervientes que de mi alma se apoderaron al caer de rodillas ante el trono de la reina de Aragón y emperatriz de todas las Españas. Allí ante aquella magnificencia, aquel esplendor, aquella devoción mi alma se creyó trasportada a otras regiones y nunca como entonces pronunciaron mis labios con más fervor la elocuente deprecación de la Salve Regina, que deposité como búcaro de flores a los pies de la egregia Pilarica.

Después de la misa recorrimos mi acompañante y yo las vastas naves del templo, deteniéndonos en sus magníficas capillas besando con singular emoción el trozo de piedra de la columna sobre la cual se asienta la taumatura imagen, y deteniéndonos asombrados ante el prodigioso altar mayor en donde el genio de Forment dejó imborrables rastros en aquellas masas de alabastro que parecían cera dúctil en las manos del renombrado artífice.

Luego más calmada ya nuestra curiosidad y algo satisfecha nuestra piedad, sin perjuicio de volver a otras horas al maravilloso templo para postrarnos nuevamente ante la imagen de la Virgen y para admirar las preseas valiosísimas

contenidas en su Tesoro mi compañero y yo nos salimos por la puerta de costado, ansiosos de disfrutar el espectáculo que indudablemente creíamos que nos ofrecería el Ebro, aquel río que según tantas veces habíamos leído en poesías, en artículos y en descripciones pasa lamiendo reverte los muros de la basílica del Pilar.

Pero nuestro gozo quedó frustrado. Por aquella puerta se salía a una plaza contigua al templo del Pilar y allí no había ni rastro de río, ni cosa que se le pareciese. Desilusionados nos acercamos a una baturrca que al lado de una fuente llenaba su cántaro de agua. Y con el mejor modo que podimos, inquirimos dónde se hallaba el Ebro cuya ausencia de aquellas inmediaciones se nos hacía inexplicable.

—¿Que dónde se halla el Ebro? Otra que Dios, señorito, pues dónde ha de estar, sino en donde ha estado siempre? Y mirándonos con ojos de malicia, se chungueó de nosotros de la manera más bonita del mundo creyendo que nosotros éramos los que tratábamos de tomarle a ella el pelo.

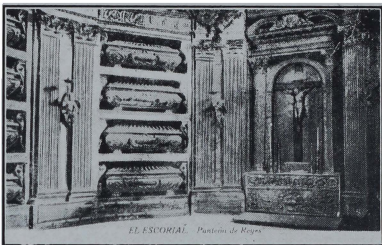
Pronto comprendimos el papel desairado que estábamos haciendo, y para acallar las suspicacias de la aragonesa, le confesamos francamente que veníamos de muy lejos nada menos que de Filipinas; que traíamos el encargo especial de muchos aragoneses que aquí conocíamos para ir a hacerle una visita a la Pilarica, y que como aquella era la primera vez que entrábamos en Zaragoza, fácil era comprender la extrañeza que nos causaba el no ver al Ebro en las inmediaciones del templo.

—¡Ah! Ya eso es otra cosa. Perdonen los señoritos, pues creí, francamente que lo que trataban era de hacer burla de una. Ahora que me lo han explicado todo, tendré mucho gusto en acompañarles a ver el río que andan buscando.

Y efectivamente, echó a andar con su cántaro. y dando la vuelta a la basílica nos enseñó al otro lado de la plaza el Ebro que se desliza murmurador bajo los arcos del famoso puente, reflejando en sus aguas el magnífico templo que cobija a la reina y madre de los aragoneses.

\* \* \*

Días después del incidente de marras, nos allámbamos en el Escorial. De la bondad del Provin-



PANTEÓN DE REYES. EL ESCORIAL  
cial de PP. Agustinos de Filipinas habíamos obtenido el permiso para que nos acompañaran a la visita al famoso monasterio dos ilustres agustinos pertenecientes a esta Provincia, el P. Graciano Martínez que hace poco ha muerto después de dejar envidiable renombre como literato y como pensador, y el P. Pedro Velez Martínez, que con tanto acierto ha dirigido la Revista "España y América" editada por sus hermanos de hábito en Madrid.

Llegados al Escorial una mañana después de haber tomado posesión de la celda que en la Universidad de Alfonso XII nos depararon aquellos buenos Padres,—celda que para nosotros resultaba más preciada, porque en ella habían vivido dos queridos compatriotas nuestros, los hermanos Zobel que allí hicieron sus estudios—nos dirigimos al monasterio para admirar las bellezas sin cuento que allí y en la basílica adjunta se atesoran, sirviéndonos de insuperable *cicerone* nuestro querido amigo el P. Graciano.

Largo rato llevábamos deambulando por claustros, por celdas, por salones, admirando la biblioteca, el refectorio, la celda prioral, la sala de los ecos, el coro, la sacristía y la amplísima basílica, cuando aguijoneados por otro deseo que ya desde Madrid nos acicateaba, instamos al P. Graciano para que sin más demora nos condujese al panteón.

Para nosotros, el panteón era lo más digno de ser visitado en el Escorial, ya por su magnificencia, ya por su significación ya por los recuerdos que había de despertar en nosotros la visita a aquellas tumbas, que contenían los restos de monarcas que tanta influencia tuvieron en los destinos de nuestra patria.

Efectivamente en aquel subterráneo que exornan los más severos y ricos mármoles, nos detuvimos largo tiempo ante los sepulcros de Carlos V., de su esposa Isabel, la que motivó la conversión de San Francisco de Borja, de Felipe II, de Carlos IV, de la infortunada Isabel II, y finalmente, de Alfonso XII, cuyo cadáver hacia pocas semanas que había sido trasladado desde el pudridero hasta su sepultura definitiva.

Luego, apremiado por quehaceres inaplazables, el P. Graciano se separó de nosotros, indicándonos por dónde debíamos ir para encontrar el Panteón de Infantes, que como se sabe, contrasta notablemente por sus colores, por sus mármoles y adornos, con la severidad y adustez del Panteón de Reyes.

Y allá nos adentramos, siguiendo la línea que marcaban las mortuorias galerías pero sin parar mientras gran cosa en los cenotafios que contienen cenizas de tantos ilustres miembros de los Austrias y de los Borbones que allí duermen el sueño de la muerte. Un deseo nos acuciaba más que nada, una tumba nos atraía más que todas las otras tumbas, y era el deseo de contemplar la estatua yacente de don Juan de Austria y orar ante la tumba que contiene las cenizas del vencedor de Lepanto. Pero novicios en semejantes derroteros, no acertábamos a encontrar la tumba que tanto deseábamos visitar.

En eso, de uno de aquellos corredores se destacó un hombre vestido con la librea de los servidores de la Real Casa, el cual se dirigió a nosotros sonriente y mostrando deseos de sernos útil. Era uno de los guardias del panteón, que estaba haciendo su recorrida y esperando que llegasen visitantes que requiriesen sus servicios.



EL ESCORIAL.—SILLA DE FELIPE II.  
(Cuadro de S. Alvarez.)

—¿Podría usted decirnos en cuál de estas capillas se halla la tumba de don Juan de Austria?— inquirimos del guardia.

Y éste, muy atento, muy servicial, nos contestó a la carrera:

—¡Ah! Hasta las doce no pasa otro tren.

Nos quedamos patéticos al oír aquella respuesta tan incoherente y nuevamente volvimos a preguntarle por la tumba del vencedor de Lepanto.

—¿La silla de Felipe II? No está muy lejos de aquí, y si no estuviera de guardia en este momento, tendría mucho gusto en acompañarle a usted a verla.

Nuestro rostro expresó el mayor de los asombros y ya mirábamos con terror hacia la salida, temerosos de habernos encontrado con un loco, cuando en esto, otro P. Agustino venía ya a nuestro encuentro, enviado allí por el P. Graciano, para que nos acompañase en la visita por el Panteón de Infantes. Y el buen Padre, al ver el gesto de asombro retratado en nuestro semblante y al contemplar la sonrisa y el gesto servicial del guardia, pronto se hizo cargo de la situación, ya que él debía estar acostumbrado a lances análogos porque vivía en el mismo monasterio.

Por eso, con mucho disimulo, acercándose lo más posible a nosotros, nos indicó que no solo aquel guardia sino que muchos de los guardianes del panteón padecían de sordera incurable, quizás debido a la humedad que reina en aquellos parajes. Con esto nos tranquilizamos y haciendo un amistoso saludo al diligente guardia, que sería todo lo diligente que se quiera, pero que estaba más sordo que una tapia, continuamos nuestra exploración por aquellos lugares de muerte, esta vez acompañados ya por el nuevo *cicerone* que la diligencia del P. Graciano nos había deparado.

\* \* \*

Estamos en Barcelona, en el mes de junio del año 1921, en que por segunda vez visitábamos la hermosa capital de Cataluña. Hermosa he dicho, y no me desdigo, pues hermosísima nos parecía aun después de haber contemplado la suntuosidad, el arte, la belleza que atesoraban renombradas ciudades de Italia, de donde habíamos llegado hacia poco. Pero justo es confesar que aquella hermosura de Barcelona ha lábase

por entonces nublada, como por un velo de tristeza, por crímenes atroces cometidos por los sindicalistas, cuya furia había acrecido durante aquellos días.

Los elementos de orden, el buen pueblo catalán, los que algo tenían que perder, hallábanse en la mayor consternación. Los crímenes se multiplicaban a diario y del revólver asesino o del puñal homicida caían víctimas a veces algunos extranjeros que se hallaban de paso en Barcelona, a veces personajes los más populares, recomendables por sus excelentes dotes, como ocurrió con el Alcalde de la misma ciudad.

Afortunadamente, un hombre de hierro, el general Martínez Anido, hallábase al frente de la Capitanía general, y Martínez Anido había prometido morir en la demanda o convertir a Barcelona en lo que debiera ser, una ciudad en donde el orden, la tranquilidad, el respeto a la vida y a la propiedad imperasen en todos sus ámbitos.

Dura fué la campaña que tuvo que emprender y rigurosas, muy rigurosas las medidas que tuvo que adoptar. Pero aquellos elementos de orden, aquellas personas a que antes hemos aludido, se pusieron del lado de Martínez Anido y no le regatearon ni el concurso ni el aplauso.

Entonces fué cuando la popularidad del ilustre militar acreció lo que no es decible. Buena prueba de ello fué lo acaecido en la procesión del Corpus de aquel año, en que nosotros mismos fuimos testigos de las inmensas simpatías de que en Barcelona gozaba el general Martínez Anido.

A pesar de que dos días antes, varios periódicos católicos habían tildado de inconvenientes las manifestaciones de cariño que se tratasen de tributar a cualquier personaje, por ilustre que fuera, en la procesión en que iba presidiendo a todos el Rey de Reyes, no por eso dejó de exteriorizar el noble pueblo barcelonés su afecto al ilustre militar.

En las Ramblas estábamos, en el balcón de una casa de comercio, contemplando el magnífico desfile religioso, cuando, después de haber pasado la Custodia que iba destellando fulgores con la pedrería engastada en sus rayos, oyóse un palmeteo interminable, un vítoro que no acababa

nunca, una explosión de entusiasmo indescriptible. Y era que, a lo lejos, al final del magnífico cortejo formado por el elemento civil y militar que desfilara detrás de la Custodia había aparecido la simpática figura del general Martínez Anido, rodeado de su Estado Mayor, sosteniendo en una mano el casco con las airoas plumas, mientras la diestra se apoyaba negligentemente sobre el sable. Y desde que Martínez Anido apareció en el extremo de las Ramblas, hasta que desapareció en dirección a la Catedral los aplausos no cesaron y los vítores continuaban, empalmándose unos y otros con los vítores y los aplausos que resonaban en otras calles por las cuales desfilara a la sazón el cortejo religioso.

\* \* \*

Y ahora, para terminar, un incidente que pudo empezar por escándalo y que acabó con una lección de religiosidad y de piedad para el que esto escribe.



RAMBLA DEL CENTRO (BARCELONA)

En una hermosa tarde del mes de mayo, marchábamos por las mismas Ramblas, cerca a la iglesia de Belén, con un pariente nuestro que lleva ya muchos años viviendo en Barcelona. A duras penas podíamos abrirnos paso entre aquella compacta muchedumbre que iba y venía, y que se había echado a la calle atraída por la hermosura de aquel atardecer de Mayo.

Por delante de nosotros pasaron dos mujeres vestidas elegantemente, trajeadas a la última moda, luciendo magníficos sombreros y dejando tras de sí la estela de un perfume sutilísimo que parecía emanar de aquellos cuerpos llenos de vigor, de juventud y de hermosura.

Nuestro acompañante las hizo un saludo mitad reverencial, mitad irónico. Y movidos de

extrañeza, nos apresuramos a preguntarle quiénes eran y cómo se llamaban aquellas señoritas.

—¿Su nombre? Nos contestó él; vaya usted a saber. Probablemente ni ellas se acuerdan ya de su verdadero nombre de pila. Pero nosotros, los habituales paseantes de las Ramblas las conocemos con el significativo nombre de *cincuenta peltas*.

—¡Ah!—expresamos más bien con los ojos que con la boca. Y cuando aún no habíamos tenido tiempo de manifestar nuestra conmiseración por el triste estado social de aquellas mujeres, notamos grande rebullició entre el gentío inmenso que ocupaba las Ramblas. Por instinto nos replegamos hacia la acera del Liceo temiendo que se tratase de algún nuevo atentado sindicalista; pero pronto nos tranquilizamos al escuchar el argentino son de una campanilla que venía de la iglesia de Helen y que indicaba que el Santísimo Sacramento acababa de salir de aquella iglesia, para -ser llevado como viático a algún pobre enfermo.

Y llenos de admiración y complacidos lo que no es acible, vimos que toda aquella inmensa concurrencia detenía sus pasos, se volvía hacia el sacerdote, y caía de rodillas sobre la arena del paseo, nada limpia en aquellas horas, encharcada

en algunos puntos, pues hacía poco rato que había caído una de esas lluvias de mayo tan frecuentes en Barcelona. *Per Maig cada día un raig*, como dicen aquellos catalanes.

Y lo que más nos admiró, lo que más nos complació, fué ver a aquellas dos pobres mujeres de existencia equívoca, de fama detestable, que caían de hinojos, como movidas por un resorte, sin vacilar un momento, manchándose su rico traje y sus caladas medias al ponerse en contacto con la arena del paseo, inclinando sus frentes en cuanto divisaron al sacerdote que llevaba consigo el adorable Sacramento de nuestros altares.

Cuántas veces, en la procesión del Corpus en Manila, al contemplar las inverosímiles posturas que adoptan algunos de nuestros elegantes, cuando pasa por delante de ellos la Sagrada Custodia nos hemos acordado de aquellas dos pobres cortesanías, que en Barcelona no vacilaron en manchar sus ricos trajes y sus valiosas medias, a trueque de postrarse de rodillas ante la majestad augusta del Sacramento del altar.

¿No es verdad que pudiera darse el caso una vez más, de que las *últimas* lleguen a ser las *primeras*?

MANUEL RÁVAGO.

**Banco de las**



**Islas Filipinas**

INSTITUCION BANCARIA LA MAS ANTIGUA DE FILIPINAS  
FUNDADA EN 1851

CAPITAL AUTORIZADO . . . . . ₱10,000,000.00  
CAPITAL DESEMBOLSADO .. 6,750 000.00

CORRESPONSALES EN TODAS PARTES DEL MUNDO  
SUCURSALES EN ILOILO, CEBU Y ZAMBOANGA

*Operaciones generales de Banca, Cuentas corrientes. Depósitos a plazo. Cuentas de Ahorro. Fideicomisos. Cajas fuertes de alquiler.*

OFICINA CENTRAL:  
No 10 Plaza de Cervantes, Manila

Dirección telegráfica: "BANCO"  
CORREOS: Apartado No. 777